



A través de personajes como el comisario McMillan, que interpreta un galán maduro como es Rock Hudson, se intenta servir al público una imagen nueva de la Policía americana.

«Estrenos TV»

PLURALISMO POCO ELOCUENTE

Los domingos por la noche emite Televisión Española una serie heterogénea, sin personaje central único cuyas aventuras se relatan. «Estrenos TV» reúne una serie de films diferentes, con personajes distintos que protagonizan una especie de series cortas en la totalidad del programa que se sirve al telespectador.

En principio, la variedad temática de las películas fue muy amplia. El «western», la comedia de costumbres, el drama psicológico, encontraron sitio junto a los habituales policíacos. En los últimos tiempos, los policíacos han desplazado al resto, y cada semana se nos ofrece un nuevo episodio con un personaje tipo diferente.

La vida americana, que tan bien conocemos...

Quizá se haya dicho muchas veces que la abrumadora presencia de telefilms yanquis nos permite tener una referencia constante de las formas de vida americana, incluso de sus conflictos y problemas, vistos siempre desde el ángulo

de la ideología dominante. Las viejas películas de los años cincuenta, que observadas desde hoy nos parecen estúpidamente pueriles, ingenuas y recalcitrantes; los encantos de la alta comedia o de los «westerns» y bélicos de aparente nueva orientación, completan el cuadro. Todos ellos

siempre comprendido, cómo viven las gentes en el Este, el Medio Oeste, el Sur o el Oeste de este país al parecer gigantesco que no conocerán seguramente nunca, pero cuyos habitantes protagonizan una gran parte de las películas que contemplaron desde pequeños, han sido mitos de

Del mismo modo que el gangsterismo de los años veinte hizo nacer películas sin cuento sobre aquel período de crisis económica, ley seca y terror callejero, asistimos ahora al relato «en fresco» del ascendente clima de violencia de estos últimos años, aunque tras las imágenes difícilmente se perfila o explicita el fantasma de la crisis. Los signos externos son los de una sociedad poderosa, consumista, agitada o dinámica, según se mire, pero constantemente degradada e incapaz de hacer frente a ninguno de sus problemas: oculta siempre tras sus lugares comunes defensivos.

Cinco tipos muy diferentes...

Los personajes que protagonizan estas series son el comisario McMillan, el inspector McCloud, el teniente Colombo, el sargento Madigan y Banacek, un detective semiprivado. Todos ellos representan tipos distintos, formas de actuación y grado jerárquico también diferentes. El primero es comisario jefe de la Policía de San Francisco, antiguo abogado, culto, sosegado, protegido tras la

J. A. Hormigón

nos presentan no sólo ese mundo determinado de la que quiere ser atractiva y vital gran América: son también una permanente forma de penetración de la ideología americana, mezcla estrepitosa de puritanismo calvinista, canto a la dureza del individuo capaz de pasar por encima de quien sea y triunfar, moral todopoderosa del éxito legitimadora de cualquier clase de medios, sacrosanto individualismo e iniciativa privada.

Frente a todo esto, las referencias a nuestra realidad en Televisión Española han sido hasta hoy más bien escasas y tamizadas por filtros rosados. Nuestros conciudadanos han visto, quizá no

juventud y resultan más bien antipáticos al verlos en nuestras calles o cruzarnos en las escaleras de nuestras casas.

«Estrenos TV» participa, desde luego, de estos significados, sólo que centradas en la temática concreta del comportamiento policial, y, por tanto, del mundo de la delincuencia. A primera vista se observa preocupación creciente en sus inspiradores por la intensificación de la violencia y el crimen en Estados Unidos, la degradación moral que aqueja al conjunto social y el deterioro de la imagen pública de la Policía, «acosada» muchas veces por la opinión pública.

PLURALISMO POCO ELOCUENTE

imagen de galán maduro de Rock Hudson. El segundo, inspector en un tranquilo lugar de Nuevo Méjico, pasa unos meses de prácticas en Nueva York. Representa el elemento exótico en el mundo de cemento y acero de la gran ciudad (los títulos de crédito se sobrepresionan sobre la entrada a caballo del inspector-vaquero por la Quinta Avenida). McCloud despliega su sagacidad, sus astucias e intuiciones agrarias, su aspecto humanista podría decirse, frente al medio burocrático, tecnificado y «frio» de la Policía neoyorquina.

Colombo es teniente en cualquier prefectura, creo que también en San Francisco. Es un hombre bajo, bizco, sin grandes gestos ni lances, pero posee una gran capacidad de observación. Tras su aparente ingenuidad se esconde un hábil estratega, capaz de tender trampas decisivas a los delincuentes más sofisticados.

Madigan, sargento de la Policía de Nueva York, es el duro y el de menos graduación de los cuatro. Sonríe poco, apenas nunca. Se protege tras el rostro imperturbable de Widmark —«gangster» en bastantes ocasiones, pasado de forma ambigua al bando contrario—. No es un acusado investigador; conoce de antemano a los criminales y se dirige contra ellos como un tanque, utilizando todos los medios. Al contrario que los tres primeros, Madigan se sirve de armas clásicas, como el revólver y los puños, y muy poco de la sutileza. Los ficheros, el laboratorio, sólo le sirven para corroborar sus intuiciones.

Banacek, el quinto, se aparta bastante de los otros cuatro. Es un poco «play-boy», un poco mundano, un poco psicólogo y bastante astuto y sorprendente. Se enfrenta a casos complejos, en los que la Policía, con sus métodos clásicos, se muestra impotente. Sin llegar a ridiculizarla como en otros casos, Banacek busca la interioridad de los problemas a través del conocimiento de las personas implicadas, de sus comportamientos. Después surgen sus sorprendentes deducciones.

Todas estas películas poseen, desde luego, una confección artesanal de enorme eficacia. No estamos ante el telefilm zaborrero ni lo que hoy llamamos película de autor. Se trata de películas rodadas con bastantes medios, pero en un lenguaje cinematográfico convencional, calculado de efectos, apto para ser consumido y fácilmente digerido por las mentes más bien acartonadas de los espectadores habituales. Pero en ningún caso se las puede comparar con las series estúpidas rodadas en unos pocos decorados construidos en un plató. Además de los amplios exteriores de los estudios de la Universal en Los Angeles, son frecuentes las sali-

das a las grandes ciudades californianas, siempre con buena luz y paisajes estimables, que abaratan costos y acortan los tiempos de rodaje. Cuentan, por otra parte, con cabeceras y repartos caros y populares —o, al menos, conocidos—, que dan a cada film un carácter de producción independiente.

La buena factura artesanal de que hablamos hace de «Estrenos TV» una serie a considerar, teniendo en cuenta su temática y

yes, al parecer, con su amplio margen de derechos civiles, impiden apresar.

Madigan es un defensor de sistemas primarios. No busca pruebas: tiene la «convicción» de que alguien es culpable, después se trata de hacerle confesar. En este sentido encontré modélico «El caso de Londres», uno de los títulos que protagoniza. En este caso vemos a este yanqui duro e imperturbable combatiendo una banda que ha dejado los reduc-

cia inglesa, se nos viene a decir, caducos e inservibles.

Al final siempre se habla de la sociedad...

Estas cuatro series de policías del área oficial americana, a pesar de su fachada de films de aventuras, son bastante demostrativas de los problemas profundos que aquejan a la sociedad



Izquierda: Madigan es bien distinto. El personaje interpretado por Richard Widmark es un hombre que, obsesionado por el delito, traspasa con frecuencia las fronteras de la legalidad americana. Derecha: McCloud (Dennis Weaver), inspector en un tranquilo lugar de Nuevo Méjico, que pasa unos meses de prácticas en Nueva York, representa el elemento exótico en el mundo de cemento y acero de la gran ciudad.

contenidos en los últimos meses. Las series protagonizadas por McMillan, McCloud y Colombo intentan servir una imagen nueva de la Policía americana, como si resurgiera de las cenizas de su deterioro cotidiano. Estamos ante unos policías simpáticos, legalistas, humanistas, astutos, amantes de la vida familiar y del empleo de la deducción sobre la fuerza. Se dedican a proteger las leyes y a ellas se circunscriben.

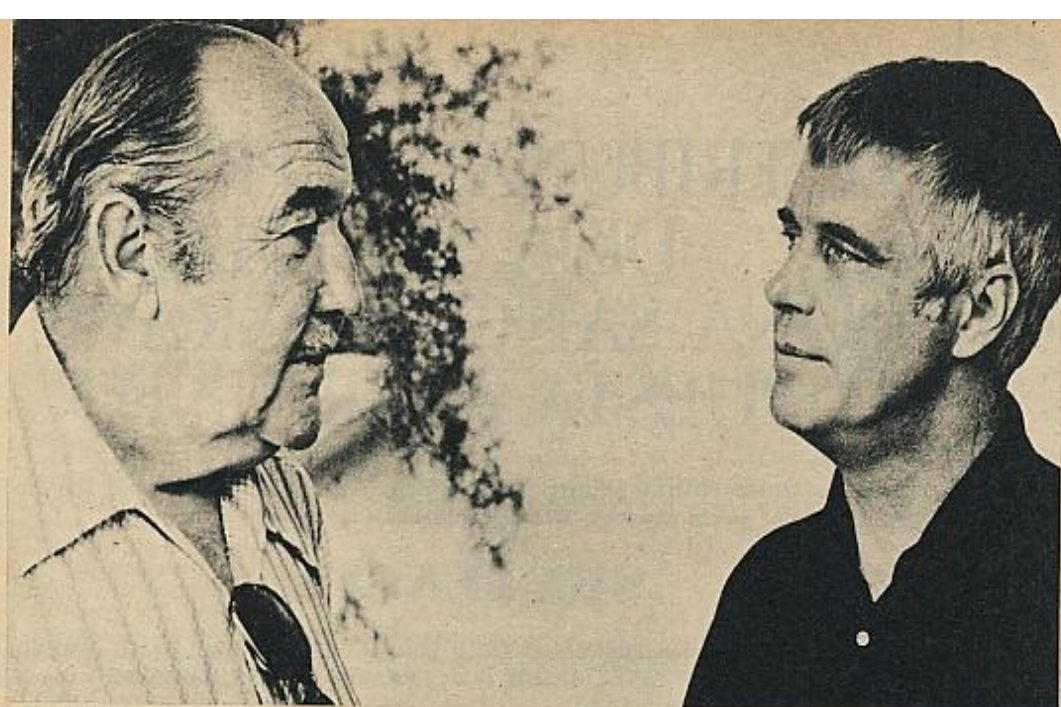
Madigan es bien distinto. Repentinamente vemos ante nosotros a un hombre que, obsesionado por el delito, traspasa con frecuencia las fronteras de la legalidad americana. Cree ciegamente en sus métodos directos y no duda en emplear golpes y amenazas para obtener una confesión. Eso sí, frente a él siempre tiene delincuentes probados y organizados, a los que las le-

tos de Nueva York por los de la capital inglesa. El choque entre sus métodos y los de Scotland Yard es ostensible. El realizador W. P. McGivern no deja de ironizar y ridiculizar a los agentes ingleses, que no llevan armas, repiten constantemente los derechos del interrogado o detenido y reúnen minuciosamente las pruebas necesarias antes de proceder en consecuencia. Madigan hace caso omiso de la organización, de los legalismos, y pone de manifiesto su individualismo, lo que podríamos llamar su «energía». Salta todas las barreras de la legalidad y consigue detener a los culpables. Entre sus métodos habituales, una y otra vez se habla de cadenas de soplonces, de detenciones extemporáneas, etcétera. Frente al mundo de la violencia, los métodos de Madigan son los eficaces, y los de la Poli-

americana. Muchos sabemos de ellos por revistas y periódicos, por visitas veloces al país, pero es imposible constatar cómo preocupan e incluso obsesionan a la industria cultural que fabrica estos productos televisivos de gran difusión.

El primero es la violencia social creciente y agobiante, que hace del asesinato una constante cotidiana, del robo algo habitual, y lo mismo de violaciones, palizas, etcétera. Las municipalidades han llegado a dar consejos de cómo caminar por las calles, qué zonas son intrasitables a ciertas horas, qué actitud debe adoptarse ante el presunto ladrón o violador para salvar la vida, etcétera.

El segundo es la propia Policía, deteriorada en esta espiral de violencia y delincuencia. También aquí existe una larga historia de corrupciones policiales en



Banacek (George Peppard) es un detective semiprivado un poco «play-boys», un poco mundano, un poco psicólogo y bastante astuto y sorprendente.



El teniente Colombo: Un hombre bajo, bizco, sin grandes gestos ni lances, pero bajo cuya aparente ingenuidad se esconde un hábil estratega.

Estados Unidos; el cine ha dejado algunos excelentes testimonios. Ahora, la historia se repite. Dada la estructura de la sociedad americana, la delincuencia y su represión sufren frecuentes trasvases. También en este caso los periódicos nos anuncian alarmantes situaciones de corrupción descubiertas de tiempo en tiempo por algún fiscal dispuesto a jugarse la vida. Pero incluso en las calles, no es difícil apreciar en los agentes callejeros la ambigüedad de sus comportamientos de hombres acosados, ver a muchos Madigan entre los hombres que patrullan uniformados de negro por Washington o Nueva York.

Estas películas son una respuesta a las situaciones de que hablamos, a sus efectos y no a sus causas. Los tres primeros personajes, McMillan, McCloud, Colombo, ofrecen una imagen apaciguadora, un tanto rosada. A la delincuencia un poco patológica oponen su equilibrio y su respeto a la legalidad y a la opinión pública. El caso de Madigan es bien distinto y no deja de representar una tendencia en la sociedad yanqui, la del autoritarismo y el totalitarismo, algo no tan descabellado como a veces se cree.

Madigan es toda una opción frente a las leyes que él considera lo maniatan; en la jungla de las ciudades opta por la ley de la jungla; fiel heredero de la moral calvinista, cree que el fin justifica todos los medios; este arquetipo histórico tiene un nombre muy feo, no cabe duda.

Todo esto es perceptible y en ocasiones objetivo; también la ocultación cuidadosa de las causas. Los hechos ya no se concretan en un hampa sórdida de barrio indigente, han saltado a las hermosas mansiones rodeadas de jardines y bosques, son delitos de altura en medios elegantes y fastuosos. Toda la sociedad americana puede delinquir, ya no es sólo cosa de pobres, de negros,

italianos o portorriqueños, pero esta nueva ambientación sigue ocultando las verdaderas razones, las causas que en el seno de la sociedad determinan un enfrentamiento y enajenación mayores en individuos y colectividades.

Los casos a que se enfrenta esta polifacética tipología policial son cuidadosamente marginados de toda contaminación social. Las contradicciones de la sociedad americana, el caos social que provoca su capitalismo en estado puro, su mundo, regido exclusivamente por el éxito personal; el triunfo en la vida basado en la sola posesión personal de bienes, en el que cualquier postura solidaria o colectiva es aplastada por las ruedas de poderes ocultos, son evitados por completo.

Y, sin embargo, esta sociedad que se degrada está prisionera de sus ciclos inflacionarios, sus crisis de superproducción, su competitividad salvaje, y ahí residen las contradicciones que generan la violencia. En este mundo, el hombre está solo, no debe creer en nadie, le han enseñado, solo en su fuerza individual: o aplasta o es aplastado. La democracia y la libertad son dos mitos de consumo popular que se le desmoronan ante estrepitosos cataclismos en la esfera del poder o cuando recibe de golpe una avalancha de realidades en forma de mutilados de guerra o de asesinatos rituales ejecutados por bandas de psicópatas nacidos al calor de esta sociedad desmoralizada y desintegrada.

Es natural que millones de ciudadanos americanos se encastillen en sí mismos y no quieran ver su realidad. Prefieren estas películas que las lecciones de la realidad. Prefieren hablar de los efectos que conocer sus causas, pues tendrían que plantearse cómo modificarlas para acabar realmente con la violencia. No pueden ni siquiera soñar con que todo deba cambiar para que abandonen la ilusión de vivir y comiencen a vivir.

La cultura de la decadencia de los imperios ha sido siempre una calculada mixtificación de la realidad; nunca se sentían sus autores más seguros del medio en que vivían, más optimistas ante el porvenir. No faltan razones para creer que de las grandes crisis surgen los remedios saludables, se acentúan los procesos históricos. También en Estados Unidos puede producirse el sentimiento del cambio que transforme una economía liberal decimonónica, y con ello, las estructuras y formas de convivencia social. Pero, entre tanto, la cultura televisiva de masas sólo nos habla de los efectos del caos y de su contención. La jungla de las ciudades sigue tan impenetrable y oculta, tan ignorada por quienes la viven y sueñan aún con exportarla. ■ J. A. H.